

¿QUÉ PODEMOS APRENDER DE LA
VIOLENCIA POLÍTICA Y SOCIAL
DE CHILE? CONVERSACIÓN CON
LORENA BIASON

Luis Correa Aydo

Por la Comisión de Publicaciones de la AUDEPP

María Lorena Biason Jara es psicóloga por la Universidad de Chile y psicoanalista de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA). Tiene un magíster en Psicología Clínica y Psicoanálisis por la Universidad Adolfo Ibáñez, un postítulo en Formación Clínica en Psicoanálisis, mención Infanto-Juvenil, del ICHPA, donde se desempeña también como supervisora clínica. Es Secretaria Científica de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis (FLAPPSIP) y miembro titular del ICHPA. Actualmente se desempeña también como docente del curso Introducción al Psicoanálisis con Niños en ICHPA.

Lorena explica que como psicoanalista comenzó a interesarse en el tema de la violencia en sus múltiples manifestaciones: la del ámbito de la locura, la ejercida por el Estado y la de género. Sobre esta última ha elaborado y presentado en coautoría diversos trabajos, cuyos temas se relacionan con el psiquismo femenino y los fantasmas que prevalecen en la escucha clínica. Así, se fue formando en temáticas de género y ha llegado a posicionarse hoy como psicoanalista feminista.

Testigo y parte de la más masiva marcha feminista chilena, ocurrida en 2018, que fuera la antesala del estallido social de octubre de 2019, Lorena está convencida de que es imposible separar la violencia de género de la institucional y la del Estado.

INTRODUCCIÓN

La Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA), asociación integrante de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis (FLAPPSIP), celebró sus 30 años de fundación con una jornada científica que tuvo lugar los días 7 y 8 de noviembre de 2019. Como es notorio, toda la sociedad chilena se vio sacudida en esos días —concretamente a partir del 18 de octubre— por una eclosión de protestas populares sin precedentes desde la recuperación de la democracia. Varios eventos de carácter internacional, políticos, deportivos y culturales que hubieran tenido lugar en esos días fueron suspendidos, dada la magnitud de las manifestaciones y la intensidad de la represión. Los colegas chilenos decidieron realizar igual el evento programado y, pese a tener que cambiar la sede —ya que el centro cultural donde habría de llevarse a cabo fue clausurado preventivamente por las autoridades oficiales—, el programa se cumplió como estaba previsto, incluida la participación de los representantes de la AUDEPP y de otras asociaciones de la FLAPPSIP.

Fueron días muy especiales, de mucha calidez en el encuentro personal y de gran productividad en el trabajo. Pero también esas jornadas se vivieron rodeadas por un clima áspero, en el que el eco de las consignas populares y el sonido dramático de las sirenas irrumpían casi de continuo desde la calle, puntuando la escucha de las presentaciones científicas.

A quienes íbamos desde otros países —a pesar de la lógica ansiedad que causa estar en un entorno no familiar, con aspectos atemorizantes y muchas incertidumbres— nos resultó una oportunidad privilegiada de

ser testigos de primera mano de muchos aspectos complejos y contradictorios que se dan en estos procesos, que no suelen estar presentes en el desarrollo de las noticias y que no pueden percibirse a la distancia. Además, los organizadores pidieron a los ponentes que, en vista de los sucesos, revisaran sus aportes para considerar los elementos de la realidad sobrevenida.

Así lo hicieron varios, entre ellos, la Lic. Lorena Biason, colega chilena, a quien entrevistamos especialmente para este número de *Equinoccio*.

LA CONVERSACIÓN

Lorena, en tu ponencia durante la celebración por los 30 años del ICHPA, titulada *Formación de analistas en tiempos revolucionarios*, comenzaste evocando la reunión de la Sociedad Psicoanalítica Británica de hace setenta y seis años, cuando los analistas trabajaban el texto *Sobre la neurosis de guerra* en medio del bombardeo alemán. También decías que hoy los analistas tenemos una mayor atención a la realidad externa. ¿Puedes explicarnos cómo piensas tú esas diferencias históricas y qué ventajas observas a favor de la teoría y la práctica psicoanalíticas en la postura que, entre otros, tú misma asumiste en la coyuntura chilena, diferente a la de los psicoanalistas ingleses de entonces?

Primero que nada, quiero agradecer esta entrevista como una oportunidad para seguir pensando; el pensar siempre es un modo de resistencia.

Considerando la realidad externa para entender el contexto en el cual hablo lo que hablo, se hace necesario tener en cuenta que cuando presento este trabajo en el ICHPA, a comienzos de noviembre, según cifras del Instituto Nacional de Derechos Humanos, entidad autónoma de derecho público, se registraban 160 personas diagnosticadas con trauma ocular severo, 2500 heridos y 20 fallecidos, según cifras oficiales. Hoy, a más de cien días del estallido social, las cifras dadas por la misma entidad ascienden a 3476 heridos, 31 muertos, 425 traumas oculares, 30 personas ciegas definitivamente —más del 85% por la Institución de Carabineros de Chile—. Hasta la fecha, ningún agente del Estado en la cárcel, casi ninguno formalizado. El Estado, sin formar parte de ninguna de estas querrelas ciudadanas ante tribunales. En este contexto digo lo que digo.

La realidad externa incide sobre nuestra clínica. Este estallido social nos hace también revisar nuestros referentes teóricos sin duda, y se

renueva, a mi parecer, la importancia del entendimiento de un psiquismo social que nos interpela a una comprensión metapsicológica. Así, por ejemplo, cuando se habla de la *realidad* que se requiere para poner el psiquismo a trabajar, so riesgo de hacer presentes viejas memorias primitivas, ¿con qué realidad nos enfrentamos? Nos preguntamos, por una parte, si entendemos por *realidad* aquellos enunciados donde se puede asentar el yo, que se requieren como ciertos en una época determinada, saberes compartidos sobre lo deseable, sobre el origen, etcétera. Y, por otra parte, ¿hoy en Chile cómo lo hacemos?, si el discurso oficial y lo percibido no condice, cuando desde el poder no se propician las certezas sobre las que el discurso del conjunto se asienta, y se atenta, entonces, contra la función de la palabra y el pensar... Es lo que queda reflejado en las frases de los manifestantes: «No era sequía, era saqueo», «No era depresión, era rabia», «No son 30 pesos, son 30 años», «Hoy estamos mal, pero es de verdad». Así se expresa la dificultad para discriminar entre lo real y lo representado.

Por otro lado, muy pronto, luego del estallido social, como si estuviera esperando emerger, uno empieza a escuchar que lo que circula en el colectivo comienza también a tener relevancia —o ahora lo podemos escuchar— en la intimidad de la consulta, a propósito de las historias personales. Imposible no pensar en lo colectivo que hay en el yo, entendiendo un modelo de aparato psíquico que no está determinado de una vez y para siempre a partir del deseo del otro o como síntoma del otro, ni tampoco un aparato psíquico en el que la realidad y lo externo operan como una mera proyección de lo intrapsíquico —que al parecer han sido las dos posturas más clásicas en la historia del psicoanálisis—. Me inclino, más bien, como lo hacen otros autores —entre ellos, Silvia Bleichmar, Piera Aulagnier, Jean Laplanche—, a pensar un aparato abierto, que cambia en ese encuentro con otro. Ni genetismo ni estructuralismo a ultranza,

entre los que se ha movido la trayectoria histórica del psicoanálisis —me parece—, como nos señala Bleichmar.

La diferencia entre incluir o no lo social y político en la comprensión psíquica y como parte del conflicto psíquico, que asumí en esta coyuntura que aún seguimos viviendo, la fui logrando de manera más pragmática que teórica, en un principio. Fue trabajando de manera directa primero y luego supervisando casos prácticos en los cursos de clínica infantil y psicodiagnóstico, más de veinte años atrás, con niños de una escuela en un sector de alta vulnerabilidad social en la periferia de Santiago. Me sorprendió ver que, a través de ciertos indicadores y desde una clasificación diagnóstica más tradicional, corresponderían a la psicosis. Luego, en la consulta, fui atendiendo a pacientes que se encontraban en el campo de la locura y a pacientes víctimas de violencia política, afectados ellos de manera directa o indirecta —atendí incluso a nietos de personas violentadas por la dictadura de Augusto Pinochet—. Por alguna razón me llegaban esos pacientes...

Fue a partir de estos casos, tanto en pacientes que eran víctimas de violencia social, política o económica como en pacientes del campo de la locura —es decir, casos en riesgo de desmantelamiento simbólico—, donde percibí que desde el Estado o sus instituciones, incluida la familia, se arrasaba con la subjetividad de estos pacientes y se obstaculizaban las posibilidades de que un yo pudiera advenir. Así, me fui dando cuenta de que a mí me resultaba poco fecundo separar lo social del conflicto intrapsíquico, dado que tenía la experiencia de que el abordaje clásico era insuficiente. ¿Qué hacer acá?, ¿señalar que tal niño es psicótico?, ¿que la población o la villa entera es psicótica?, ¿o más bien que son «psicóticos de la cultura», como plantean diferentes autores, entre los que cabe hacer una mención especial a Aulagnier?

Se observa en estos pacientes cómo el yo va perdiendo la capacidad de discriminar el peligro interno del externo. «Algo que se va a romper,

va a explotar», me decía el paciente, víctima de la dictadura militar de Pinochet, al asociarlo luego a la explosión mental y corporal, a la pérdida de límites internos pero también externos, al bombardeo de la moneda en Chile, que de pequeño vivió y tras lo cual debió exiliarse junto a su familia... Van desapareciendo, pervirtiéndose, los límites institucionales, previamente coherentes y comprensibles; se tornan insoslayables las reglas sociales, con posible aparición de fenómenos mentales aniquilantes. No es solo la violencia: es la desmentida del discurso oficial frente a las causas de este sufrimiento. En estos tres tipos de violencia —la que se encuentra en el campo de la locura, en la política y en la económica— no hay esperanza de un futuro. Se está en un presente sin soporte, se altera la vivencia temporal. En definitiva, el yo siente cuestionados esos puntos de certeza en los cuales basa su identidad social.

Un querido paciente en el campo de la locura, hace poco, con una cordura solo vista en la locura y ahora facilitada por el encuentro con las significaciones necesarias, sobre los fundamentos compartidos con el grupo social, me dice de la realidad: «Ahora entiendo, Lorena: los que decían una cosa hacían otra, robaban, mentían y nos decían preocuparse por nosotros, mientras hacían sus propios negocios a costa nuestra». Y desde la realidad nacional hace con facilidad el enlace con su propia historia. No solo lo abusivo de los personajes que en su historia personal han ocupado lugares de poder, sino lo desmentido que eso abusivo quedó en su historia familiar; un vínculo que claramente cae dentro del ámbito de la perversión, al igual que lo que sucede en el país.

Cabe decir que ese paciente, hace un tiempo, antes del estallido social, venía dando cuenta con entusiasmo del valor que tienen para él las personas que pueden decir la verdad. Valoraba, por ejemplo, a los comediantes, que podían decir a las caras de las personas una verdad, incluso riéndose de ellas; comediantes que me hacen recordar a los bufones de los cuales hablaban Françoise Davoine y Jean Max Gaudillière, personajes

infaltables en las fiestas de la Edad Media, que cumplían la función de desenmascarar, anular las convenciones, llegando a herir el amor propio de los cortesanos. Es la verdad que se empecinaba en averiguar, la verdad histórico-vivencial de la cual es portadora la locura. La verdad que estalla ante nuestros ojos en el despertar de Chile.

Si el analista, por temor quizás a perder su neutralidad —necesaria, por lo demás, en tanto ideal a seguir—, no logra incluir la realidad social, puede, me parece, en la tranquilidad de la consulta, llegar a resultar cómplice de lo real de la violencia que el Estado realiza a través del discurso oficial. Esta violencia de Estado, denegada, se vuelve a repetir ahora, ejercida quizás a través de otra institución, como puede ser el discurso oficial de la medicina o los diagnósticos psiquiátricos, o del mismo psicoanálisis, amparado en diversas teorías que atribuyen origen exclusivamente intrapsíquico al conflicto.

En el título de tu trabajo aludes a «tiempos revolucionarios». ¿Verdaderamente crees que lo que se procesó en Chile en ese momento fue una revolución en el sentido que en la historia política se le da al término? ¿Está en juego un cambio radical de las relaciones de poder o se trata de una revuelta contra un orden injusto, pero que no puede llegar a afectar la estructura socioeconómica básica de la sociedad chilena?

A veces pienso que pequé de entusiasmo al decir eso. Sin tener un importante conocimiento político, entiendo que los procesos revolucionarios son largos, tuvimos ya un estallido social y estamos en eso. Creo que es la tensión en la que estamos hoy. Lo que sí sucedió es que la represión en parte se levantó y se pudo pensar. La gente empezó a hablar, los programas de televisión de farándula cedieron ante la opinión pública, que empezó a informarse, a tener mayor conocimiento y a ofrecer un

discurso coherente que da cuenta de conocimiento cívico. Esto se nota casi inmediatamente después de transcurrido el estallido social, en un país en el que el gobierno actual ha eliminado los cursos de educación cívica de la enseñanza escolar. La gente empezó a querer conocer sobre la Constitución política, comenzó a preguntar; los jóvenes tuvieron otro lugar, donde los juegos electrónicos cedieron lugar en los celulares y las selfies comienzan a ocupar un lugar protagónico para juntarse, manifestarse y develar abusos de poder. Nuestros jóvenes comenzaron a marchar, a hablar por nosotros muchas veces —con letreros como el que decía: «Esto lo hago por ti, mamá»—; comenzaron los vecinos a conocerse, se retomaron y autoconvocaron los cabildos ciudadanos que habían sido implementados en el gobierno de Michelle Bachelet. ¿Cuál será el límite de ese pensar que ya se instaló? No lo sé. Quiero creer que llegará lejos, pero no lo sé. Y paralelamente, frente a este despertar, vino una gran represión, que inició con la mutilación ocular provocada por el disparo de perdigones como parte de la represión política.

Los medios de comunicación dejaron de dar cuenta de este estallido. Sí dan cuenta de diferentes daños a la propiedad privada, hablan de la posibilidad de caos: hay más insistencia en el miedo que en la esperanza inicial de este estallido. Todos los viernes han continuado las marchas, las manifestaciones, pero eso se dejó de mostrar. Por redes sociales y de manera más informal, se ha sabido de torturas, de algunas muertes, nuevamente de mutilaciones oculares, pero eso no se muestra en los medios oficiales o aparece muy aisladamente, no hay investigación periodística al respecto.

Recientemente se aprobó la *ley anticapucha* que condena con hasta tres años de cárcel a quienes se manifiesten con el rostro cubierto; hay jóvenes ya encarcelados por esto. Ante esta represión política, supongo —sin ser experta— que estarán en juego diversas variables. Pero una puede resultar referida al yo. Y acá entran en juego la autoconservación

y la autopreservación. Ir a las marchas implica la posibilidad cierta de ser arrestado o de que te saquen un ojo o de que quedes herido por los químicos de los carros lanzaagua. Si se quiere más protección vas detrás, mientras que en la primera línea van jóvenes que ponen el cuerpo para que uno pueda seguir marchando, con el lugar incómodo, por decir lo menos, que esto también genera. Algunos optan por la conservación de la vida, otros por la preservación narcisista del honor y los ideales. Se prefiere morir, pero lo que no se toleraría sería volver a la «normalidad», como me dice un joven valiente que se encuentra en la primera línea. Lo expresa también parte de la letra de la reciente canción de protesta creada por Mon Laferte:

Somos caleta, más que los pacos
Somos más choros, peleamos sin guanaco
Aunque nos quedemos cojos
Aunque nos arranquen los ojos
Si no, para qué

Ambas posturas son, por supuesto, válidas y respetables.

Otro gran límite que también está presente refiere a nuestra propia subjetividad y al efecto logrado en nuestro psiquismo por la implosión del modelo neoliberal extremo que ha tenido Chile; un modelo voraz, egoísta, que es el gran límite y obstáculo que vamos a tener, me parece, para continuar o retroceder, frente al paso que hemos dado. En nosotros como sujetos, eso que creemos decir cuando decimos *yo pienso*, *yo creo*, *uno mismo*, etcétera, tiene en una parte un aspecto ilusorio y trae con nosotros un núcleo de verdad histórica, como señala León Rozitchner. Así reconocemos un psiquismo colonizado, como en nuestros orígenes como pueblo chileno también nos reconocemos colonizados, domeñados, temerosos, seducidos por una idea de bienestar individual.

Por eso, también en las brechas de este programa inconsciente tendremos que ver en qué lugar nos vamos ubicando frente al poder y cómo, a través de esas fisuras que ha dejado el enquistamiento del modelo neoliberal en nuestro psiquismo, podemos hacer ese trabajo que permita recuperar el poder delegado, el deseo de hacer cosas con otros para un mejor vivir: esa es mi esperanza para permitirnos ir hacia un ideal fraterno.

La esperanza entonces está puesta en una Nueva Constitución, cuyo plebiscito será en abril, que permita dejar atrás, finalmente, la Constitución de Pinochet y abrir espacio a un sujeto ético, que considere al otro como un legítimo otro, en que se retome un adecuado contrato narcisístico, en el que tengamos la convicción de que vale la pena postergar parte de nuestros apetitos personales por amor, en un acuerdo grupal, a cambio de un lugar personal de valor, asignado por el conjunto, formando parte y contribuyendo a un bienestar colectivo.

Al reflexionar sobre las transgresiones al orden instituido, tú realizas una analogía entre los fenómenos de cambio social y la «vocación» originaria del psicoanálisis, en tanto que la exploración del territorio inconsciente nace de un deseo de saber que apunta más allá de las verdades preexistentes, con lo cual desde su origen desafió al orden que se sustentaba en ellas. Luego cuestionabas hasta qué punto las instituciones psicoanalíticas mantienen esa actitud y te interrogabas con Piera Aulagnier: ¿acaso habremos pasado del deseo de conocer al deseo de hacernos reconocer? A partir de estas reflexiones, la pregunta que deseamos hacerte como formadora de nuevos analistas es: ¿cómo se pueden compatibilizar en la práctica formativa el rigor y la creatividad? O, dicho de otro modo: ¿qué dispositivos formativos pueden a la vez cuidar el legado conceptual del psicoanálisis y favorecer tanto la formulación de nuevas teorizaciones como la exploración de ampliaciones en el campo clínico?

Nuevamente me parece que con los formandos sucede algo parecido a lo que sucede con nuestros pacientes, en tanto la profundidad de sus análisis estará dada por el ancho de nuestro psiquismo. Así sucede, me parece, también con las instituciones psicoanalíticas: dada su estructura, favorecen o no el pensar, en el entendido de que para pensar hay que oponerse. En la medida en que logremos aspirar a una institución más saludable (hay que considerar también que puede haber instituciones enfermas que enferman a sus miembros), me parece que se puede transmitir a los formandos una rigurosidad teórica en un ambiente creativo y favorecedor del pensar. Reconocemos la necesidad de las instituciones psicoanalíticas como posibilidad de contener a sus miembros, circulando el afecto en el desarrollo de tareas colectivas. Pero también advirtiendo que pueden repetir la dinámica de la distribución del poder del Estado, que somete y reprime, y sabiendo que ese poder se cuele de manera inconsciente en cada institución y así hace obstáculo para seguir pensando. Me parece importante, nuevamente, tener una mayor consciencia y comprensión de lo anterior, tomando como ideal a tener en el horizonte una mayor distribución del poder en la institución. Me parece que es bueno sostener la pregunta sobre si, como institución y formadores, estamos favoreciendo la transgresión. Si esta es entendida, como propone Aulagnier, fuera del registro psicótico o perverso, más bien como un movimiento que lleva al sujeto a superar lo *sabido*, lo que se transgrede es una verdad planteada hasta entonces como una ley sagrada y como garantía de un saber. Así, inspirándome en lo que plantea la autora, se hace necesario no claudicar en transmitir a nuestros formandos, a costa de una permanente resistencia a los tiempos actuales en que se obtura la posibilidad de cambio, la invitación a la transgresión y al deseo de saber.

Por otra parte, me parece que, en los dispositivos formativos, tenemos que estar atentos a ciertos avatares que se pueden dar en la formación. Uno es el referido a los avatares conceptuales al interior del psicoanálisis.

Entendiendo que es una teoría, también es necesario interrogarla, así como a sus intervenciones. Hay que recordar que está implicada en el momento histórico en el cual se originó, con un compromiso social determinado, y que eso tiene efectos. Por ejemplo, se tiene que revisar lo que concierne a la creación de Sigmund Freud de un Edipo con matices familiaristas como fundamento de la sociedad en la cual nace el psicoanálisis, y rescatarlo como un valioso concepto más allá de cualquier contingencia, como pauta necesaria que cada cultura establece para la situación antropológica fundamental, como la llamaba Laplanche: esa diferencia abismante con un otro en un momento inicial de desvalimiento del ser humano. Dicho esto, se puede apostar a una subsistencia del Edipo más allá de cualquier contingencia.

Dentro del dispositivo formativo, otro aspecto a tener en cuenta es el referido al propio modelo neoliberal. El triunfo mundial de un modelo económico extractivista de materias primas, socialmente apropiado por una elite político-económica dominante y con metas políticas a corto plazo, implosiona, como señala el historiador chileno Gabriel Salazar, en lo más profundo de nuestras subjetividades y hace fracasar nuestros soportes para el ideal del yo. También, a mi parecer, debemos estar siempre advertidos de que este modelo y sus consecuencias pueden estar, de una u otra forma, presentes en la formación de nuestros analizados y en nosotros como formadores.

Así, frente a la perversión del sistema, el riesgo es que nuestros formandos resulten finalmente los consumidores a satisfacer, que la formación esté atravesada por el clientelismo imperante, que los seminarios de formación queden transformados en un espectáculo en que el entretener al espectador-estudiante sea un requisito, que los pacientes resulten finalmente usuarios o clientes, a los cuales hay que agradar o no frustrar —«total, el cliente siempre tiene la razón»—, o que el analista termine

siendo un proveedor o empleado a quien hay que interpelar como tal y no ya en tanto un sujeto supuesto del saber.

Es claro que el psicoanalista, tomado individualmente y en su carácter de ciudadano, puede participar de las luchas sociales del modo que quiera hacerlo. Y es indudable que, en cualquier caso, estas luchas lo afectarán como persona, incluso en su práctica. Recordamos el testimonio de un colega que no podía concentrarse en su trabajo al estar pensando en su hija, que en esos momentos de mucha represión violenta participaba de las protestas. Ahora bien, ya pensando más en la articulación con lo teórico-clínico, tú dices que no es posible —al menos cuando en el contexto se agudizan las contradicciones sistémicas de la sociedad— separar el conflicto intrapsíquico de los conflictos sociales. Entonces: ¿qué modulaciones o especificaciones crees que se necesita introducir en los conceptos clásicos de *neutralidad* y *abstinencia* del analista en su ejercicio clínico?

Inspirándome en diversos autores, como Bleichmar, me parece necesario favorecer con nuestro actuar un psicoanálisis que esté inscrito en el marco de la ética y no en la moral. Así, la abstinencia del juicio de otro sería de carácter moral, pero no necesariamente ético. Entendemos que la ética no refiere solo al buen uso del método y de la teoría, sino que implica al analista como sujeto ético histórico-social, y que la neutralidad es ideal, pero sabemos de su imposibilidad desde los inicios. Otros psicoanalistas hablan del concepto de *implicación* como analistas, que me hace sentido (Volnovich, Alfredo Grande). Creo que resulta un nuevo golpe a nuestro narcisismo la pérdida de la ilusión de que era posible desubjetivarse a partir de lo que uno habla, como si no fuéramos nosotros, y de nuestras teorías y conceptos, también hablados por nuestras palabras, como si hubiésemos creído que era posible desligar la palabra de un contexto y una

producción histórica, que dan cuenta de un modo particular de situarse en la tensión inherente a los vínculos de poder. Dicha ilusión, como nos hace prestar atención Rozitchner, supone que la palabra describe lo ajeno y que la teoría, en un aspecto, también puede ser usada como escudo para instalarse e instalar la realidad convencional. El problema es hacer visible previamente aquello que, por formar sistema con nosotros, no se ve, como lo dice el autor. Así, vemos un Freud epocal, cuya teoría iba tan en consonancia con un modelo patriarcal en el que la sexualidad como logro alcanzaba la genitalidad con un ideal reproductivo. Y en el cual la mujer freudiana, como nos hace saber, no está atravesada por la castración porque no tiene nada al comienzo y solo le queda por ganar pene, hijo, «concepción proletarizada de la mujer», dice Bleichmar con humor.

Entonces, cuando se pide desde los propios colegas no ideologizar el psicoanálisis, ¿no es eso, lo que se está pidiendo, ya una ideología? ¿Qué nos queda entonces? Analizarnos y ampliar en lo posible nuestra conciencia, perder nuestra ingenuidad de creer en un ideal purista, como si fuera posible una asepsia, frente a eso que decimos cuando decimos, cuando *yo digo, yo pienso, yo creo...*, *yo*, en definitiva. Y en este estallido social de Chile quedó en evidencia lo que muchas veces nuestros cómodos encuadres silenciaban, el lugar social de nuestros consultorios y el hecho de que también nosotros somos fabricación social: nosotros como analistas, también sujetos, con lo de ilusorio que esto conlleva, en tanto portamos una cuota de verdad histórica, desde lo cual decimos lo que decimos.

Tiene consecuencias importantes en la clínica negar la realidad externa del paciente, pero también las tiene negarla en nuestra constitución. Obviamente, otra cosa es someter al paciente con nuestra ideología, y nadie dice eso. Pero me parece que una mayor neutralidad, como ideal a alcanzar, justamente se puede aproximar si nos encontramos alertas, en nuestro quehacer como psicoanalistas, ante las tareas que fija la estructura social. Lo negado abstractamente subsiste y nos determina, como nos

enseña Freud y nos recuerda Rozitchner, pero ahora con más fuerza si le dedicamos energía a que no aparezca.

Una teoría y una intervención también son una reproducción social. Otra vez me parece que es importante la ética, la del analista, como brújula a seguir. La ética del analista o, como dice Bleichmar, el analista como sujeto ético, histórico-social, una actitud que parte en el análisis desde el inicio, en un acuerdo contractual con los pacientes que permite las condiciones para que se despliegue lo infantil del paciente, entendido en los términos freudianos como sexualidad inconsciente, pero que se distancia de cualquier forma de puerilización o sometimiento del paciente o del analista.

La transferencia permite dar escucha a lo que el paciente proyecta sobre el analista en tanto objeto de su deseo, pero también tiene que ver con la figura del analista, que se actualiza en ese lugar del saber del otro. Tal como lo hizo ese otro esencial en la constitución psíquica temprana, el otro que anticipa, que lo incluye en una filiación, que proporciona significantes, lo nombra, lo hace ser otro, ese otro que decía algo sobre nuestro pensar, en ese tiempo inicial de la sexualidad en que se introduce ese objeto prínceps que es el pecho.

Es así que a mí me parece que debemos estar atentos a la diferencia entre cuándo, por ejemplo, es amor de transferencia y cuándo puede convertirse en otra cosa, en pasión o en sometimiento, con la posibilidad de alienación con el analista, con la institución o con ambos. La transferencia puede hacer al analizado o al formando un creyente, que «repite» el lugar que tuvo ante el otro en la constitución psíquica en su infancia; relación asimétrica inicial, relación de poder sin duda, que al inscribir la sexualidad, requiere de que ese otro pauté los límites de su propio poder. Nuevamente la ética, la sexualidad y el poder, ahora en el interior del análisis o de la institución psicoanalítica.

Más allá de la justicia de los reclamos es indudable que hubo acciones violentas de algunos manifestantes. En parte pueden entenderse como respuesta a la brutalidad represiva, pero tú propones un punto de vista más de fondo. En tu trabajo hiciste un aporte muy elaborado sobre la verdad histórica del sujeto. A modo de posible incidencia causal en las protestas, recuerdas que en los días previos al comienzo de las manifestaciones volvió a discutirse el papel de Pinochet y a cuestionarse, incluso, si fue o no un dictador y la veracidad de las violaciones a los derechos humanos durante su gobierno. Desde ahí podría entenderse que el estallido social obedece en parte a la inadecuación de un discurso justificador que pretende imponerse, pero que no puede dar cuenta del pasado traumático de la sociedad chilena, cuyos efectos materiales (económicos, políticos, culturales) aún se sienten. Si entendimos bien tu posición, los aspectos más violentos de la protesta, pensados desde el psicoanálisis, serían la expresión de ese resto no simbolizado. Ya no se trataría solo del malestar en la cultura, sino de un fracaso de la función metabolizadora de la cultura. Tú dices: «Se requieren certezas en el discurso del conjunto social sobre la realidad, para que las funciones yoicas, esencialmente historizantes, sostengan la singularidad de cada sujeto».

Te preguntamos: ¿crees posible una incidencia pública del psicoanálisis, de sus instituciones y representantes, para favorecer una comprensión más sutil de los fenómenos violentos en la sociedad?, ¿te parece posible lograr una divulgación comprensible y respetuosa de la complejidad de los hechos que ayude, al menos en parte, a reformular los relatos con los que se pretende dar a pensar la realidad?

Parto por el final. Sí, creo en lo valioso que resulta el psicoanálisis para la comprensión de la subjetividad y de las complejidades que vivimos, pero teniendo en cuenta ciertos resguardos y límites. Uno es que,

como ya dijimos, la misma teoría psicoanalítica aparece interrogada en sus compromisos sociales y no escapa de lo instituido. Digo que el psicoanálisis también es productor de violencia, alguna necesaria o primaria, como señala Aulagnier, mediante una interpretación que crea algo que no estaba, introduce algo que no figuraba, pero que es necesario; y otra, como ha sido, por ejemplo, en otro momento histórico el igualar la homosexualidad a la perversión. Eso es violencia secundaria, apuntalada en la primera, pero en este caso, no solo totalmente innecesaria, sino un acto de sometimiento a un orden ya instituido en el que participa reproduciéndolo, bajo un ideal heteronormativo dentro de un sistema patriarcal.

También habría que distinguir entre agresividad y violencia. En relación a la violencia, la víctima no puede escapar del victimario, física o simbólicamente, está a merced de él. Puede un policía violentar al ciudadano sin agredirlo, no así el ciudadano a este, aun cuando sea agresivo. No es un encuentro entre iguales. La violencia implica un lugar de poder, poder que se ha adquirido por delegación, en última instancia, del Estado. Los ciudadanos, a su vez, han renunciado a su poder inherente a ellos como seres humanos.

Otro concepto que brinda también el psicoanálisis y nos ayuda para entender en parte la complejidad de estos momentos es la referida al concepto de cultura y el malestar de vivir en ella. Tomemos el concepto de *trabajo en cultura* que Freud nos proporciona tres años después de haber escrito su texto *El malestar en la cultura*, que Nathalie Zaltzman rescata como un proceso estrictamente intrapsíquico. Cultura en ese sentido psicoanalítico ulterior designa, a diferencia de lo que proponía en *El malestar*, un proceso de elaboración intrapsíquica y transindividual de la experiencia de vida que modifica el desarrollo individual y también la evolución del conjunto humano. Deja de tener entonces un componente teleológico o de juicio moral sobre un momento particular de lo que es considerado bello, estético o de valor.

Trabajo en cultura implica el pasaje de un modo de pensamiento del ello al acceso al lenguaje, una transposición en el lenguaje común, compartido, que por ese pasaje transforma formas comunes del programa psíquico de la especie. Todo cambio general no tiene otra vía de transformación que la del psiquismo individual. Es ahí que la singularidad tiene un privilegio exclusivo, una importancia determinante en los cambios posibles de la condición humana. Es acá donde destaca el psicoanálisis frente a otros tipos de psicoterapias.

Por otra parte, como decía, la realidad capturada por el lenguaje permite, represión mediante, organizar la pulsión, con lo cual imposibilita los retornos de lo reprimido que da cuenta de los tiempos iniciales en la constitución psíquica de ese encuentro de la pulsión con el objeto. Se requieren ciertas certezas en el discurso del conjunto social sobre la realidad, para que las funciones yoicas, centralmente historizantes, sostengan la singularidad de cada sujeto. Se trata de certezas del discurso social que definen lo que es real y sus causas, lo que es verdadero o justo y lo que es falso o injusto, etcétera.

Chile despertó, ¿y con qué se encuentra?: con mutilaciones oculares, torturas, violencia sistemática; con que se queman lugares emblemáticos de la cultura... ¿De qué orden es esto? Si lo pensamos como una regresión colectiva, ¿es tan solo libidinal, sexual?, ¿es un retorno al pasado, a la barbarie, al hombre «primitivo», como planteaba Freud, que invade la escena sociopolítica? En ese enfoque queda enfatizado lo pulsional y se desestima la regresión narcisista. Zaltsman señala que esta regresión no engendra un retorno a un estado anterior de evolución, sino efectivamente a un estado posterior, anteriormente inexistente. La regresión no es la emergencia de una prehistoria; es una neoformación, ella produce la aparición de una posthistoria, incluso la creación de cosas inconscientes que jamás habrían tomado cuerpo antes, no lejos de la primera figura del mal.

Frente a la violencia, como lo que estamos viviendo, el riesgo es que se instaure una organización social nueva: una horda, pero sin padre; un odio, pero sin ambivalencias. Es a condición de la regresión narcisística que se produce una regresión libidinal. Este atentado al narcisismo favorece hoy la regresión libidinal.

Como logro de progreso del trabajo en la cultura está el concepto jurídico de *crimen contra la humanidad*, que permite una caracterización psicológica inédita: la de un sentimiento vital, irreductible, de pertenencia a la especie humana. Ni siquiera una vez, nadie puede ni debe caer fuera de la especie humana. Eso es lo que está en riesgo al no haber una realidad compartida sobre el genocidio de Pinochet, el que pueda hacer despertar una memoria primitiva que se opone al pensar y al proceso secundario, en un tiempo más allá de la palabra, y que pone en riesgo la estructuración psíquica.

En las consignas de los manifestantes se advierte una variedad de contenidos: económicos, políticos, de género, ambientales, referidos a los derechos de los pueblos ancestrales... Todo pareció encaminarse hacia la necesidad de reformular el pacto social básico que es la Constitución nacional. En general suele pensarse a esta ley fundamental de los estados en su dimensión político-institucional. Sin embargo, tú, pensando desde el psicoanálisis, señalaste la ligazón constitutiva de la sexualidad al poder, por lo que el nuevo pacto social naciente podría incluir aspectos no necesariamente plasmados en un texto constitucional, pero igualmente *constituyentes*. Desde esa perspectiva más amplia, queremos preguntarte: ¿visualizas la posibilidad de un nuevo orden sexual, una nueva matriz subjetivante que reconfigure las relaciones entre los géneros? Y más allá aun, en relación a los recursos naturales y teniendo en cuenta algunos planteos como los que hacen las comunidades mapuches: ¿puede pensarse y

formularse como propuesta viable la necesidad de una relación con la madre tierra no meramente extractiva, no tan marcada por el abuso y la ganancia devoradora?

Cuando se produce el estallido social, me atrevo a decir, lo que quedó en evidencia es la perversión del modelo y lo pervertidos que estábamos. Empezamos a consumir menos, íbamos a locales pequeños de barrio a comprar lo necesario, las plazas estaban más llenas con padres jugando con sus hijos, la gente se veía más amable para conducir o te saludaban en el transporte. Yo podía ver esto porque a su vez salía más temprano del trabajo, organicé de otra manera el consultorio y así también mis colegas. No es que yo lo vea así porque sea de izquierda simplemente, sino que el modelo neoliberal tiene algo que otros modelos económicos no tienen, algo que explica también el historiador chileno Gabriel Salazar:

la operación estratégica más exitosa de la «revolución neoliberal» ha consistido en haber logrado camuflar sus propias contradicciones y su propia crisis, sacándolas de las «estructuras» y escondiéndolas como invisibles bombas de tiempo, dentro de cada «familia proletaria» y dentro de cada «sujeto» adulto en edad de trabajar, lo cual equivale a instalarlas en la mente de los niños marginales.

Así era antes del 18 de octubre, cuando surge esta verdadera y única revolución que, al parecer, ha existido al menos en Chile: la revolución contra el modelo neoliberal; esta, como dice el historiador chileno, implosiona en lo más íntimo de un sujeto. No es que el modelo solamente falló, sino que se las arregla para que aquel ciudadano que queda cada vez más marginado haya sentido que algo hizo mal y que él mismo es la causa de este fracaso. Es el engaño del modelo de que cualquiera con esfuerzo puede lograrlo.

Otro autor, Mark Fischer —crítico musical y teórico de la cultura—, en su texto *Realismo capitalista* se hace la pregunta sobre cómo es que se ha vuelto aceptable que tanta gente, y en especial tanta gente joven, esté enferma. Y señala que la plaga de la enfermedad mental en las sociedades capitalistas sugiere que, más que ser el único sistema social que funciona, el capitalismo es inherentemente disfuncional y el costo que pagamos para que parezca funcionar bien es en efecto muy alto.

Desde distintos hemisferios y referidos a distintos países, ambos autores —Salazar y Fischer— están diciendo más o menos lo mismo. No sé si contesto a tu pregunta, pero ¿cuánto podremos desprogramarnos de este modelo que llevamos tan adentro?, creo que el tiempo va a ir dando la respuesta. El poder es inherente a los vínculos. Otra cosa es lo abusivo que se puede tornar ese poder y otra cosa, además, es que se pueda arrasar con el otro. Es que simplemente no puede haber ni favorecerse un tipo de vínculo donde se ponga en riesgo la humanidad. Este modelo cruel está arrasando con lo humano, con los ancianos y su sistema de pensiones, que no les alcanzan para vivir; con la infancia, porque desde los cuatro años los niños ya empiezan a competir y porque los niños quedan sin padres en tanto estos deben entrar en una carrera por subsistir.

Por otra parte, el trabajo de cultura —como mencioné anteriormente— requiere una mayor consciencia de la humanidad, cuyas representaciones, como resulta del concepto jurídico de *crimen contra la humanidad*, queden inscritas como capital de ideas colectivas e individuales, como mencionaba Freud, por vía de la instancia del yo, y que hagan posible modificar las metas instintivas de las conductas criminales. Lo más humano de lo humano. Tomando estas ideas es que se hace posible pensar en un nuevo lazo social.

Desde acá tendríamos todos que manifestarnos cuando la humanidad y su existencia estén comprometidas. Cómo tomarán escena los lugares de poder no lo sabemos. Pero sí tendríamos que condenar enérgicamente

y las instituciones protegernos y ser consistentes en su prohibición frente a la violencia infantil, frente al femicidio, frente al modelo extractivista —que pone en riesgo el agua y los cultivos por el uso sin control que hacen de ello algunos pocos—, cuando es violentada la población indígena, cuando son patologizadas las diferencias de género desde un modelo patriarcal y heteronormativo... Es decir, frente a todo lo que atenta contra el vínculo común entre los humanos. Y porque, ni siquiera una vez, nadie puede ni debe caer fuera de la especie humana: no se puede caer fuera de las palabras, nadie puede estar fuera de una filiación. Eso es lo que se pone en riesgo y es lo que, por ejemplo, el feminismo rescata. No es algo que se le hace a la mujer, pero que el día de mañana podría cambiarse al invertirse los lugares: es algo que no se debe permitir porque se pone en riesgo la especie humana. Ese es el logro del trabajo en cultura, del psicoanálisis y de los mecanismos de represión psíquica. El riesgo, el caos, una horda sin padre, sin tabú, la posibilidad de la presencia de eso inasible que es el mal, lo ominoso, esa memoria primitiva, podrían poner en silencio la vida y el deseo y también el reconocimiento de la importancia de ese lazo vital, de cada individuo como representante de la especie. El logro de devenir sujetos de cultura se da en función de una conciencia ganada por el yo sobre las tierras extranjeras del ello, y habla del cumplimiento del contrato narcisista, lo que permitiría recuperar el poder delegado para reconstruir al grupo y a las instituciones.

Conversando con un paciente que ha sido víctima de la represión, me señala: «Ahí estaba, a menos de cinco metros, cuando me disparan [refiriéndose a los carabineros], me quedé solo frente a ellos: me dispararon en el brazo y en la pierna, anteriormente había sido en la cabeza [me mostraba sus heridas]. No tenía susto, ni dolor, pero lo que no olvido aún es la sonrisa del que me disparaba, su cara de gozar mientras me disparaba, aún veo la cizaña en su mirada...». Y más adelante reflexiona: «te creo que fuera un poderoso, pero debe ser un gil más pobre que yo».

El mismo joven me explica lo importante que fue para él que le extrajeran las balas y perdigones que quedaron dentro de su cuerpo (lo cual va más allá de lo real, ya que algunos estudios señalan que algunos perdigones que se están usando, si no se extirpan, pueden liberar lentamente plomo y a la larga intoxicar o enfermar al sujeto). «No sé por qué estaba tan alegre ese día; conversando con un amigo, me dice que es como si me hubieran extirpado el veneno asesino del enemigo, y eso me hizo mucho sentido, ya no tengo nada del asesino».

Es esto el límite del psicoanálisis: el encuentro crudo con el mal, la dificultad para poder pensar algo que queda fuera del pensamiento, que es inasible y que refiere al mal. Es lo peor de lo humano, pero es lo humano totalmente humano, que deviene inasible en el momento mismo en que nos ocupamos de considerarlo.

Me parece que esto es algo relacionado con lo que se ve cuando Chile despierta, las metas instintivas de las conductas criminales propias de la humanidad que resultan tan difíciles de pensar. Pero intentar hacerlo constituye hoy un reto para el psicoanálisis.